

DISCURSO DE RECEPCION

Por RAIMUNDO RIVAS

Usanza impuesta a la vez por la tradición y la cortesía es la de iniciar el discurso de un recipiendario, en corporaciones tan ilustres como la Academia Colombiana, con el testimonio de gratitud por la honra recibida y con una tentativa de explicación, que nunca se halla satisfactoria, de la gentileza demostrada por los individuos de tan egregio instituto. En mi caso, señores académicos, el agradecimiento es más íntimo aún y más perdurable, aun cuando sea fácil de hallar el motivo de vuestra generosidad insigne. No es al oscuro cultivador de las disciplinas históricas y de aquella que los antiguos llamaron derecho de gentes a quien habéis llamado a vuestro seno, sino al representante de una familia que en nuestra patria, desde los días coloniales ha sentido el amor por las bellas letras, y en cada generación ha consagrado su tributo a las empresas literarias.

Porque, señores, leve disculpa tendrían los votos con que me enaltecisteis si no fuese porque al consignarlos habéis traído a vuestra memoria, bien al eclesiástico que, apenas iniciada la imprenta en Santafé de Bogotá, componía novenas en honor de la Trinidad sacratísima, ya al togado de las Reales Audiencias que escribió los anales de su ciudad natal, o al jurisperito ante los estrados de la Cancillería en la capital del Virreinato. Con mayor probabilidad aún habréis recordado, en época más reciente, a aquellos cinco hermanos, colegiales todos de este glorioso claustro del Mayor del Rosario, y que llevaron las borlas del doctorado, de los cuales el mayor lució en la diplomacia y en las lides periodísticas, figura uno con relieve entre los autores de nuestra legislación y otro en los estudios médicos; dejó su nombre el cuarto escrito perdurablemente en deliciosos cuadros de costumbres y en leyendas populares, y pulsó el último lira de poeta. Y seguramente he resultado yo el beneficiario del sentimiento de pena que sé aún os embarga por no haber inscrito en la lista de vuestros colegas prestantísimos a aquel escritor que supo dialogar con las constelaciones en estrofas de admirable armonía, analizar el origen de nuestra evolución constitucional y robar a los estilistas de Francia el hechizo de aristocráticas narraciones.

A fin de que la honra fuese más preciada para mí, me habéis llamado a ocupar la silla académica para que fue electo don Diego Mendoza y enaltecieron antes don Santiago Pérez y don Carlos Arturo Torres, ciudadanos los tres esclarecidos en los anales de Colombia, a quienes liga entre sí el culto de análogos principios ideológicos,

que en su mayoría comparto, y que supieron defenderlos con armas en que emularon la gallardía de una forma pulcra y elegante con el recio temple del pensamiento.

No os hablaré hoy del primero de los Pérez, a quien rendí en otra ocasión modesto pero fervido homenaje, en el cual denuncié mi predilección por ese príncipe de la prosa, a quien su sucesor calificó, con justicia indeclinable, de mágico prodigioso de la palabra. No me detendré tampoco en el doctor Mendoza, digno —por sus labores de pedagogo y sus ensayos de historia diplomática y de crítica aguda, por su actuación como hombre público y sus dotes eminentes de patriota y de jefe de hogar— de un elogio como aquel en que don Santiago levantó para Murillo Toro el más soberbio pedestal sobre que pueda destacarse una estatua. He de concretarme, tanto porque el tema es vasto y debo mantener la preocupación de no fatigaros demasiado, cuanto porque en realidad él es mi antecesor en esta Academia, a unas breves consideraciones sobre la obra y la personalidad de Carlos Arturo Torres.

Político y periodista, crítico y poeta, y, sobre todo, sociólogo y pensador, Torres encarna un período de nuestra evolución intelectual que bien pudiéramos llamar de transición, así en el campo de las ideas filosóficas y literarias como en el de los programas de partido. Miembro de una generación de escritores sobresalientes, que resulta ya desaparecida, no precisamente en lo que se refiere al transcurso del tiempo sino a los cambios del pensamiento, pertenece Torres a un grupo de nobles espíritus que vieron en Guyau al verdadero maestro por suave y comprensivo; que rompieron lanzas contra la filosofía del autor de Zaratustra, juzgándolo esteta pero no pensador llamado a encauzar el tortuoso avance de la caravana de los hombres, y a quienes cultivó la robusta sonoridad patriótica de Núñez de Arce y la profunda vibración humana que palpita en la obra de Bourget. Artistas que amaron en Vigny la suprema aristocracia del silencio opuesto al clamoreo de las multitudes incomprensivas, y creyeron con todo empeño en que su labor debía inspirarse en el concepto imperativo de Quinet: *Sé una conciencia*. Generación acaso ilusa, creyente en el continuado y arrollador perfeccionamiento de la humanidad, y en que rayaría pronto la hora de la desaparición de los ídolos del foro —como Torres llamó, siguiendo al gran Canciller de Inglaterra, a las supersticiones políticas que imperan aún después que la crítica ha demostrado su falsedad— mas generación que atrae y subyuga por la sinceridad del esfuerzo y por su aliento generoso. Y permitidme que subraye la palabra generosidad tratándose de Carlos Arturo Torres y de sus pares, ya que ella fluye fácilmente a la pluma en lo que significa, según el diccionario de nuestra lengua de Castilla, la propensión del ánimo a anteponer el decoro a la utilidad o al interés, e igualmente la magnanimidad y nobleza del alma. Grupo, en fin, que merece el calificativo de ejemplar, ya que practicó la frase fecunda de Pascal: “La verdadera medida de todas las cosas está en el pensamiento”, manteniendo su fidelidad a las actividades del espíritu, sin

que ello significase desdén antipráctico de la riqueza o del progreso material.

Como crítico, dio Torres la preferencia a la literatura de ideas, entendiéndolo por esta denominación no la de tesis sino la de la finalidad, es decir, "el arte puesto al servicio de las eternas aspiraciones humanas". De las dotes que lo adornaron para distinguirse en esa esfera de la literatura, dan cumplido testimonio las páginas dedicadas a la interpretación de los personajes shakesperianos, y otras en que analizó las corrientes literarias predominantes en su época. La curiosidad insaciable de su espíritu, atraída por las grandes obras de la cultura, gustó preferentemente de la producción nacional: Pérez Triana, Julio Flórez, Diego Uribe, Arciniégas, tuvieron en él uno de los primeros y más francos apologistas. Su culto por los hombres que han enaltecido a la humanidad lo llevaba, como guiado por irresistible imán, a buscar los lugares en que reposaron sus frentes pensadoras, sin detenerse en fronteras ni razas; pero la cultura del suelo nativo atrajo su más atento cuidado.

Luce en nuestro parnaso, con aureola peculiar suya, Carlos Arturo Torres. Como certeramente anotó nuestro admirado compañero Gómez Restrepo al darle la bienvenida en esta Academia, lo que distinguió su obra poética de la de sus contemporáneos fue la tendencia al simbolismo filosófico, su preocupación por los temas de trascendencia social. No que hubiéramos carecido de bardos que encerrasen en sus estrofas conceptos de filosofía, que allí están, para demostrar lo contrario, los cantos del autor de *Que sais-je?* y relámpagos admirables que esmaltan los versos de Fallon. Pero sí puede considerarse Torres como el iniciador de un género en que la idea germinadora es luz que pugna por sugerir indefinidamente, y en el cual la forma es la envoltura rara y discreta que la vela a los ojos de los profanos. Y resulta, por otra parte, curioso el hecho de que Torres, para quien la poesía fue la proyección en el plano superior de la inteligencia y del sentimiento de los trances supremos de la vida de los pueblos, y juzgó que los vates famosos de la centuria pasada fueron en nuestro suelo portaestandartes de los principios contrapuestos del alma nacional, en sus producciones más nombradas y valiosas no fue —como en los días juveniles— el continuador de Quintana en sus odas y de Núñez de Arce en los *Gritos del combate*, sino el discípulo de los simbolistas ingleses que, como la catedral que cantó, tienen la flecha del ideal tan alta que se pierde en un celaje vaporoso. Poeta fue, y no solamente en verso cuando rimaba las musicales estancias de la *Abadía de Westminster*, sino en pasos enteros de sus estudios en prosa, como aquel en que pinta las llamas rojizas de la chimenea a cuya sombra soñara el autor de Hamlet.

El teatro nacional le debe un drama en verso, en el cual, con vibrante inspiración quiso sondear la extraña psicología de aquel Lope de Aguirre, aventurero desconcertante, héroe de estupenda odisea por el continente americano y que, execrado en sus días como tipo del monstruo moral, estuvo a punto de convertirse, por mano de entusiastas historiadores, en paladín de la libertad.

El credo artístico de Torres en materia de poesía, quedó condensado en este párrafo en que, después de sostener que ella no podía permanecer a orillas del camino, apegada al pasado, sino que debía orientarse de acuerdo con su época y los nuevos horizontes que se abrían, sostuvo que “si las ideas que transforman el mundo intelectual han de ser explotadas por la poesía, no podrían presentarse, si han de tener algún valor estético, como tesis abstractas; es preciso cubrirlas, para disimular su aridez, con el ropaje brillante de la ficción, de la imagen y del símbolo”.

A ese credo se ciñó Torres en sus composiciones de largo aliento, en las cuales procuró —y en veces lo alcanzó felizmente— conservar el justo medio entre la manera nítida y precisa de presentar la idea, cara a los poetas castellanos más significativos, y al anhelo de sugerirla apenas —como el relámpago de una sonrisa fugaz sugiere el gozo interno— que fue la doctrina de los simbolistas franceses de fines del siglo XIX. Hay en sus poemas, como *Némesis* y *El vencido*, versos de rara profundidad filosófica y de levantada inspiración, ricos en sentido y en cadencias, como cuando describe la caída implacable de todas las vidas en el olvido:

Sin dejar otro rastro en ese mundo
que el lote de miseria con que aumentan
una sombra a las sombras del linaje,
y cual llena el espacio el oceano
con el rumor sin fin de su oleaje,
con su honda queja y su clamor salvaje
llena los tiempos el dolor humano!

Las estaciones de la naturaleza se reflejan con mayor o menor fuerza en la sensibilidad humana. El alma poética de Carlos Arturo Torres copió en sus versos las mutaciones, independientes de nuestro querer, que se suceden en la infancia, el mediodía y el ocaso del hombre. Por algunas de sus estrofas vemos pasar ráfagas primaverales henchidas de fragancia y de optimismo, hálitos renovadores, explosiones de luz y de savia:

Todo amor es semilla, y no se debe
apagar, al nacer, su ardor fecundo,
pues no sabemos si esa chispa leve
será una pompa de jabón o un mundo!

(Mensaje)

Es eterno el abrigo de los nidos
y es eterno el suspiro de las brisas,
y hay lirios en los lagos adormidos
y en labios de mujer gratas sonrisas;
incienso y fuego puro en los altares,
y en las nubes festones de topacio,
y perlas en el fondo de los mares,
y estrellas en el fondo del espacio!

(Eleonora)

Tu mirada fascina y enamora,
 porque en la luz que en tus pupilas arde,
 hay todas las sonrisas de la aurora
 y todas las tristezas de la tarde.

(*Tu mirada*)

Con esta última idea se anticipó a un celebrado verso del gran poeta mexicano Amado Nervo.

En la plenitud de la existencia, Torres canta con el ritmo fecundo que señala el paso del estío, y la madurez de sus sentimientos se acompaña entonces con la plenitud de las labranzas:

El ideal espléndido en la mente
 y el pendón de los libres en la diestra,
 me ha visto de la patria el sol ardiente,
 buscando sin temor para mi frente
 el lauro de oro en la eternal palestra.

(*Profesión de fe*)

Quien ofrenda como exvotos
 a espacio y tiempos remotos
 de su mente las presecas,
 verá que en surcos ignotos
 brotan cosechas de ideas.

(*Los cruzados de Normandía*)

Pero fue el otoño, con su combinación de vigor que va debilitándose y de próximo cansancio de la lucha, con sus matices en que hay reminiscencias de la primavera ya remota y helados vientos que anuncian la nieve y el morir de la luz, la estación intelectual más acorde con la fatiga que ya se anunciaba en el temperamento artístico del autor de los *Poemas crepusculares*. En medio del dolor agudo de la desaparición de su primera musa, en el reposo de las horas intensas del combate, sintiendo muy honda la fatiga del esfuerzo, su espíritu tendía a remontarse hacia un espacio más libre y más sereno, y un eco de las ilusiones juveniles vibraba siempre en su corazón. Al verter en un amigo dilecto el raudal de las *Confidencias*, cuando el ánimo se irisaba con el rayo naciente de un nuevo y definitivo amor, cantó así:

Para ella la canción, la alada nota,
 único idioma del amor, esencia
 que en lo más hondo de las almas brota
 y es fin y dignidad de la existencia!
 Para ella el fuego del amor se agota;
 para ella la sagrada florescencia
 que hace del corazón altar bendito
 y eleva al hombre polvo al infinito.

Y antes, al grito de dolor que representa *Ilusión suprema*:

Amor excelso y único del alma dolorida,
belleza, genio, halagos de gloria o de placer,
esfuerzos de una mente, anhelos de una vida,
decid: ¿qué vale todo si eterno no ha de ser?

responde con la afirmación del sentimiento que perdura mientras alienta un átomo vital:

¿Quién, sino yo, el gran culto tendrá de su memoria?
¿Quién, sino yo, la lámpara reanimará en su altar?
¡Oh muerte, fue incompleta tu fúnebre victoria;
yo vivo: no del todo la pudiste llevar!

(*In memoriam*)

El equilibrio de las facultades, el robusto temple de su personalidad física e intelectual, fueron causa de que en Torres las rachas del invierno, como símbolo del aniquilamiento de los gérmenes de vida, resultaran sólo pasajeras, y que aun en medio al desaliento de las crispaturas del dolor, surgiera la nota alada de las resurrecciones. Así, después de recorrer el panorama de las injusticias de la sociedad y de la historia, exclama convencido:

¡Y es fuerza que así sea! El hombre es accidente
que el cíclico proceso no alcanza a perturbar;
prosигuen las ideas su marcha eternamente,
mas en el curso incierto de su existencia varia
para que surjan héroes la lucha es necesaria,
es fuerza que haya víctimas para que surja altar.

(*El vencido*)

Y cuando recorre en solemne peregrinación la abadía que guarda las tumbas de los britanos gloriosos, y su espíritu se exalta en impetuosa protesta ante el huracán de imperialismo y ante la filosofía de un egoísta *sé fuerte*, que parece brotar del augusto recinto, surge al punto el concepto de la misión civilizadora de ese pueblo, y entonces no gime sobre la decadencia de la raza latina, sino que saluda al sol glorioso que se eleva en el cenit.

En el coro de los grandes traductores nacionales, de aquellos que han sabido verter a nuestro idioma la esencia que perfuma en los poetas de pueblos extranjeros, coro en que se destacan los nombres de Pombo y de Valencia, de Gómez Restrepo y de Arciniegas, Carlos Arturo Torres puede pretender por algunas de sus poesías un puesto de honor. Extensa fue en ese campo la gama de sus predilecciones, pues desde Hugo y Heine hasta Moréas y Albert Samain, pasando por Leopardi y Vigny, Nietzsche y Leconte de Lisle, Guyau y Ada Negri, su musa visitó con recogida admiración los jardines cultivados por los portaliras de Francia, de Italia y de Alemania. Y puede afirmarse que tellano, estrofas como ésta del bardo de *Les destinées*:
nada perdieron de su encanto arrobador, al vestirse con el manto cas-

Iremos, si lo quieres, al solitario polo,
o adonde brota al rayo del sol fecundo germen;
al monte donde soplan las ráfagas de Eolo,
al valle do los céfiros en los palmares duermen;
doquiera hallaré un sitio de gloria para mí,
si tú conmigo sigues mi curso vagabundo.
¿qué nos importa el tiempo, qué nos importa el mundo?
Diré que son hermosos puesto que estás tú allí.

Fue Torres uno de los espíritus que gustaron con mayor delectación de los frutos y enseñanzas de la historia, que resultó ser para él, como para otros muchos, el estudio emancipador de prejuicios por excelencia, y no una necrópolis sino campo de simientes renovadoras. Sin descuidar el conocimiento de los anales de otros pueblos, consagró al análisis de la evolución de la patria sus mejores esfuerzos. No figura precisamente como historiador en nuestra literatura; pero lo fue, y de los más sagaces, en algunas páginas de sus libros. Así, comprendió que era un error atribuir a una sola influencia o corriente determinada el origen de la evolución emancipadora, pues si el ejemplo de las trece colonias de la América septentrional, y el resplandor de la hoguera en que ardió Francia para modificar al mundo, tuvieron, es indudable, parte en tal origen, factor principalísimo fue la tradición peninsular de los cabildos y fueros regionales; y anotó también que la actividad intelectual no había brotado del movimiento revolucionario sino que fue su consecuencia natural. Vio muy hondamente en la orientación de las corrientes liberales, no sólo de su tiempo sino de todo el curso de nuestra historia, al afirmar que las dos distintas fracciones, draconianas y gólgotas, en que hubo de dividirse el partido a mediados de la anterior centuria, fueron en realidad dos conceptos de la política y de la vida. Y su criterio abarcó todo el continente al resumir en tres elementos esenciales: autoritarismo tradicionalista y conservador, draconianismo militar o escuela de la violencia, y el verdadero doctrinarismo liberal, las tres fuerzas definidas de la evolución hispanoamericana.

No se hizo ilusiones, sin embargo, acerca de la originalidad de esa misma evolución, pues se dio acertadamente cuenta de que los movimientos políticos, a lo menos en su mayor parte, han seguido las alternativas de los correlativos en el viejo mundo, y que son ideas europeas las que germinan y luchan, triunfan o sucumben en nuestro territorio. Mas supo comprender igualmente que la unidad de conciencia, como lo enseña un pensador italiano, es factor indispensable en la formación del alma nacional de los pueblos, y por eso consideró la idea de patria como necesaria al progreso de las naciones, y supo entonar en honra de los próceres un fervido canto de apoteosis, singularizando a Nariño, a quien consagró varias de sus páginas más sustantivas y el más elocuente acaso de sus discursos, pregonándolo —y es concepto que comparten agudos publicistas— como el representativo genial y auténtico de Colombia.

Pero en el campo en que Carlos Arturo Torres rayó a mayor altura y en que su obra presenta caracteres de duración, es el de la sociología. En ella su pensamiento se temple como damascena espada en la ardiente fragua interior, y de ésta surgen, como llamas presurosas, las claras ideas y los períodos que hacen reflexionar. No fue su noción de la vida la áspera y dolorida de un Schopenhauer, ni la juzga como Nietzsche una lucha implacable en que el débil, por armonioso que sea, resulta vencido por la lógica sin misericordia del más fuerte. El, como Guyau en Francia, como Rodó en la floreciente república oriental del Plata, fue un convencido de la filosofía consoladora, impregnada de tolerancia, ajena a todo dogmatismo, sonriente, con una sonrisa de subyugadora simpatía humana, ante el horror del mal y la tragedia del dolor, filosofía que nada afirma con agresivo imperio porque teme que la verdad de hoy pueda ser el error de mañana, y predica que conocerlo todo es perdonarlo todo. Saturado, como toda su generación, del filtro delicioso que escanció Renán, definiendo su influencia sin negar que su escepticismo enervador es una fuente de flaqueza por estimar que por él se aminoran en nuestras democracias impetuosas las energías homicidas.

Torres fue, y tenía que serlo, dados el ambiente de su tiempo y la índole de sus estudios, un panegirista de la teoría de la evolución; pero temperó su entusiasmo admirativo por Darwin y su fervor por esa doctrina con el concepto de Quinton, según el cual, lejos de ser la evolución el objeto de la vida, no es sino el procedimiento empleado por ésta para mantener su fijeza. Aceptó también la ley con que Weismann había completado la del autor del *Origen de las especies*: "La duración de la vida está gobernada por las necesidades de la especie, no por las del individuo." Fervoroso de la ciencia, creíala capaz de llegar a todas las alturas; y en su entusiasmo por el continuado avance de los conocimientos humanos llegó a compartir el ingenuo optimismo de pensadores nobilísimos, y creer, v. gr., que llegaría la hora en que la ciencia social podría predecir la vuelta de un régimen político o la explosión de una tormenta revolucionaria, como hoy la astronómica anuncia el regreso de un cometa.

Tradicionalista, en el recto sentido del vocablo, lo fue Carlos Arturo Torres. Vocero de una generación que miraba hacia el porvenir con ojos comprensivos, supo considerar el pasado como base indestructible y necesaria del futuro. Empero, no se dejó dominar por los sistemas caducos, políticos o sociales; no compartió el juicio de que la familia está, como célula social, vinculada a la aristocracia, ni aceptó el régimen monárquico como la forma perfecta de gobierno, a tiempo que protestaba contra la teoría que asigna a determinadas clases el derecho de dirigir a las otras, teoría que pugna abiertamente con las enseñanzas mismas del Evangelio, llamado el tesoro de los desheredados de la tierra. Para Torres, la revolución francesa tiene, en una de sus manifestaciones más notorias, a nombre de la república, la misma posición que tuvo el espíritu que reaccionó, a nombre del cristianismo, contra las civilizaciones clásicas; mas incurriría en error quien creyese que fue propagandista de las revoluciones, pues antes

las condenó abiertamente, considerando que la intensidad de ellas está en razón directa de la bondad del gobernante a quien se combate e inversa de los agravios que haya recibido el pueblo que las hace, el cual tolera cuarenta años a un doctor Francia y derroca fácilmente a magistrados respetuosos de la ley. Por eso colocó la evolución, en la teoría y en la práctica, sobre la revolución y la guerra, y señaló como ejemplo a Murillo, revolucionario en el fondo y pacifista en la forma. De acuerdo con Spencer, creyó que a medida que se desarrolla el conglomerado social, debe decrecer la autoridad y la libertad aumentar, y que el gobierno es apenas un mal necesario. Pero supo tamplar sus entusiasmos por la diosa seductora y voluble, y por eso consignó el principio de que los que aspiren a la libertad deben, ante todo, formar generaciones que sepan merecerla.

¡Qué amplio profesor de tolerancia fue en toda su labor Carlos Arturo Torres! El proclamó que en la obra de cada generación son necesarias las rectificaciones al pasado y luego a sí misma, y en su santo temor al dogmatismo, temor aliado al anhelo de mantener abierto el espíritu a todas las corrientes del conocimiento, juzgó que no podía condenarse *a priori* noción alguna, y que la crítica lo más que puede es afirmar su virtud eficiente o su esterilidad en determinadas circunstancias. Sumergirse en los libros, el opio de Occidente, según Anatole France, parecíale la más alta ocupación del hombre, y el ocio espiritual, el más refinado de los placeres; agujoneábale el deseo de aumentar día a día el cúmulo mayor posible de nociones y de hallar una faceta más en ese diamante complicado de la verdad; pero no estimó que fuera permitido arrogarse posturas desdeñosas de superioridad, ni admitió definiciones *ex cátedra* para los problemas de la ciencia. Supo servir a sus ideales sin pretender, y tenía derecho para ello, erigirse en maestro, y obró conforme a la sublime enseñanza del asceta de Umbria, Francisco de Asís: encender los cerebros de los hombres con ondas de dulzura.

He dicho que Carlos Arturo Torres fue un caballero andante de la libertad; pero la amó como a la diosa de pepló purísimo y señorial apostura, no como a la bacante de las orgías revolucionarias, con la túnica desordenada por ademanes antiestéticos, y enronquecida por el rugido de pasiones inconfesables. Discípulo de aquel alto espíritu que se llamó Nicolás Pinzón Warlostén, quien enseñó prácticamente en el magisterio y en la prensa la fórmula de Taine: "El liberalismo no es otra cosa que el respeto por los demás"; entusiasta por la escuela liberal inglesa, a la cual consideraba legataria de la mejor tradición política que la cultura de Occidente ha producido, nada más ajeno al temperamento refinado de Torres que ese liberalismo populachero que llega hasta atacar como a rezagos de aristocracia las manifestaciones mismas de urbanidad y gentileza.

Y fue así como distinguió los muy diversos conceptos de la democracia: el principio igualitario de la revolución francesa, comprendido por muchos como la tendencia a nivelar por lo bajo, principio atacado desde todos los puntos del horizonte, especialmente del moderno racionalismo determinista, no fue compartido por Torres; y

ese desvío se encuentra hoy justificado por las enseñanzas de la revolución rusa, en la cual un puñado apenas de hombres audaces domina tiránicamente una inmensa agrupación humana. Por igual concepto enseñó que la superioridad no es privativa de castas, familias o nacionalidades determinadas, y que la más alta misión es la de conciliar y fundar, en ningún caso demoler.

Nada más opuesto a la mentalidad del pensador que estudiamos, como a la de José Enrique Rodó, que el espíritu del jacobinismo, y tuvo la audacia intelectual —como lo señaló Francisco García Calderón— de hacer frente a la opinión pública cuando creyó que estaba equivocada, y de ser antidemocrático cuando la democracia se extrañaba. Y se atrevió también a atacar el poder de la palabra, temible e incontrastable en nuestros pueblos, la incomprensión del devenir humano, la falta de tolerancia, la imitación-moda que se sobrepone a la imitación-costumbre, así como se irguió, valeroso, ante todos los fanatismos. “Hay —escribió— el fanatismo de la religión y el fanatismo de la irreligión; la superstición de la fe y la superstición de la razón; la idolatría de la tradición y la idolatría de la ciencia; la intransigencia de lo antiguo y la intransigencia de lo nuevo; el despotismo teológico y el despotismo racionalista; la incomprensión conservadora y la incomprensión liberal.”

Penetrando en el tortuoso desarrollo de nuestra evolución social y política, supo ver que la prensa no ha sido, en su generalidad, otra cosa que un ídolo del foro, que se erige o derroca según la impertinente moda política; y ante uno de los problemas que más han agitado a nuestros partidos, hizo suyo el concepto desdeñoso de Waldeck Rousseau: “El anticlericalismo es un estado de alma, no un programa de gobierno.” Llamó también al parlamentarismo superstición política del presente, al igual que el derecho divino de los reyes lo fue del pasado, adelantándose así, pero con ponderado juicio, a la enemiga que en nuestros días le asedia, como reacción contra el culto que hasta ayer no más se le tuvo.

Empero, el valeroso reevaluar de opiniones que ejercen su dominio en nuestro ambiente, no significó en manera alguna en Torres una tendencia hacia el autoritarismo o las afirmaciones aristocráticas. La teoría de los hombres representativos, cara a Emerson y a Carlyle, es ante su criterio republicano inexacta, injusta y peligrosa; y protestó, en consecuencia, contra la *herolatría*, contra el olvido del esfuerzo paciente y milenarista del número para ensalzar tan sólo a la unidad prestigiosa.

Ese temor de la intransigencia propia de los extremos, que le hizo aceptar como un postulado evidente el aforismo de Dante sobre güelfos y gibelinos, y que tendía a colocarlo fuera y por encima de todos ellos, bella orientación de un espíritu superior, tenía que ser, y fue necesariamente en Carlos Arturo Torres, un lastre demasiado poderoso para la carrera del hombre público. Las muchedumbres no saben de esos justos medios, no aman sino a los seres que responden al clamor de sus pasiones, y juzgan como una debilidad, como una inferioridad, lo que es simplemente el equilibrio de cualidades so-

bresalientes; y en la impotencia para apreciar los matices, nunca levantarán sobre el escudo a quien les hable en lenguaje desconocido. La tolerancia de la inteligencia, el fruto más maduro de la completa cultura, calificada sabiamente por un pensador, se mira por las multitudes enardecidas como signo de tibieza imperdonable, y el que, como el autor de *Idola fori*, se resiste a compartir el axioma de que la voz del pueblo es la voz de Dios, contradicho por todas las enseñanzas de la historia, siente pronto en sus carnes el dolor de los guijarros repudiadores. Nada vale la verdad que encierra la frase melancólica de Taine: "Diez millones de ignorancias no hacen un solo saber." Los gritos del pueblo soberano han sido y seguirán siendo el oráculo de aquellos que consideran que amar la democracia significa la redención incondicional a sus caprichos.

Carlos Arturo Torres, el liberal que en hora solemne y peligrosa, sobreponiéndose a las iras de muchos de sus copartidarios, aceptó una delicadísima misión a Europa, como secretario de esa cumbre moral por excelencia que se llamó Nicolás Esguerra, y luego, aún no colmados los odios que suscitara la guerra civil, recibió de manos del adversario, iniciando así un cambio en las costumbres políticas, un portafolio de ministro de Estado; el diplomático que colaboró por dejar definitivamente concluidas las diferencias, que no pudieron ni deberán ser jamás sino accidentales, entre Colombia y Venezuela, las hijas gemelas del Libertador; el jurisconsulto de razonados conceptos y genuina comprensión de las doctrinas del derecho; el hacendista que quiso restaurar las finanzas de la república, llegadas a un estado de completo aniquilamiento después de una contienda de tres años; el poeta-filósofo de estro perdurable y el pensador de *Idola fori*, de quien dijo un hermano suyo en el continente que venía a recoger la herencia intelectual de Bello y de Alberdi, ahogada en orgías de romanticismo político; el patriota que listo estuvo en todo momento para cantar las glorias de la patria y deshojar las flores de un culto entusiasta ante las estatuas de sus próceres; el hombre de hogar, idolatrado por los suyos, y el caballero de porte decoroso en los salones, atrae principalmente como periodista, ya por la elegancia suprema de la apostura, enfrentado valerosamente ante la mayoría ofuscada y arrolladora que clamaba por la guerra entre hermanos, ya por la manera magistral como sostuvo ese duelo ingrato, amargo y ennoblecedor.

Entre los períodos trágicos y memorables de la historia colombiana se destaca como uno de los que ofrecen enseñanzas más saludables, aquel en que, retirado de la jefatura del partido liberal ese varón de diamantina probidad y serena alteza de miras que respondió al nombre de Aquilco Parra, combatido por muchos de sus más notables copartidarios, la dirección de ese mismo partido, que pesaba sobre los hombros de Medardo Rivas, Juan Evangelista Manrique y Siervo Sarmiento, quiso en vano detener las olas rugientes de la marejada popular que pedía, regida por voceros de dinamismo dominador, que se buscara en los campos de batalla la solución al choque de ideas y de pasiones entre los dos partidos tradicionales, choque que

alcanzaba en esos días, pocos años después del vencimiento de Enciso, su intensidad mayor.

Contra la erguida fortaleza de *El Autonomista*, desde la cual habían surgir las notas del clarín de la guerra un caudillo de prestigio rumoroso y tenientes que sabían secundarlo esgrimiendo, como los artífices del Renacimiento, la daga de un estilo que a la par fascinaba y hería, se levantó un grupo de escritores, pequeño por el número, grande por el arrojo que implicaba el desafío a una impopularidad creciente y por el brillo con que defendió la causa de la paz. En ese grupo, que hizo de *La Crónica* un baluarte —y que bien apreciaba que tras las convulsiones revolucionarias surgen los brotes anárquicos y en pos de ellos viene el César, dominador absoluto— fue uno de los primeros, en el tiempo y en la categoría, Carlos Arturo Torres, fundador del diario citado. Y no es posible callar la circunstancia de que no tuvo otro ademán vengador para los dardos, algunos de ellos enherbolados, que le hirieron en la lucha, que finas saetas de ironía, como cuando criticó el diletantismo científico, fruto de un erróneo concepto de la doctrina de la evolución, considerándolo como base de una tendencia mental y aun de una escuela política.

Como vino a demostrarlo el curso de los acontecimientos posteriores, Torres y sus compañeros tenían razón, pero ello mismo no mitigó sino que redobló la enemiga contra sus labores; que para las muchedumbres es más fácil perdonar al que se ha equivocado, colocándose así cerca de ellas, que a aquel que ha tenido el peligroso privilegio de poseer una sabiduría o sentido crítico superior a los demás.

La tribuna de tolerancia, ecuanimidad y cultura de *La Crónica*, fue levantada de nuevo por Torres, con un par digno de él, José Camacho Carrizosa, en las columnas de *El Nuevo Tiempo*, periódico que fundó aún no apagado el estallido de los fusiles de la guerra de tres años, y a cuyo frente estuvo por un período igual hasta cuando, impresas en el espíritu las cicatrices de la lucha implacable, pero firme siempre el optimismo sobre el porvenir de la patria, partió de nuevo para el exterior a servirla en el consulado de Liverpool. Afortunado fue ese cambio, pues su permanencia entonces en el viejo mundo quedó señalada con estela de luz por la publicación de los cinco volúmenes que guardan, como joyeles de múltiple pedrería, sus versos y sus pensamientos.

Al regresar al suelo nativo, la Academia Colombiana, con unánime aplauso, ya que si el político fue combatido ante el escritor se rindieron todos los aceros, lo recibió en su seno, en vísperas de partir a desempeñar la plenipotencia de Colombia ante la hermana república de Venezuela. De allí sólo debía volver entre la caja funeraria, cubierto con el tricolor nacional, a recibir, cuando ya no podía confortarlo, el homenaje justiciero de sus conciudadanos.

Solamente una vez vi de cerca al autor de los *Poemas simbólicos*, cuando la aludida junta extraordinaria en que entró a ocupar su silla académica en esta corporación. Leyó en tal oportunidad un razonado discurso en el cual, después de ensalzar la figura de su an-

tecesor, trazó en páginas magistrales el cuadro de lo que debería ser la literatura de ideas. Aún me parece verlo. Alto, fornido, con tendencia a la obesidad. La frente amplia, sobre la cual se deslizaba un bucle rebelde. La nariz fuertemente delineada. Espaldas sólidas, como forjadas para recibir el peso de las responsabilidades. La voz, acostumbrada a ser verbo de verdad, alta y vibrante. La mirada inteligente y escrutadora, que pugnaba en vano por vencer la oposición del grueso cristal de los lentes y de la incurable miopía, esa miopía terrible que en sus tiempos de estudiante en el *Externado* —del cual fue ornamento desde que principió sus estudios hasta recibirse de doctor en ciencias políticas— hacía exclamar a uno de sus condiscípulos, entre admirativo y burlón:

¡Sublime inspiración, vate fecundo,
va a ser quizás la gloria del país,
y sin embargo en el ingrato mundo
se dice que este genio sin segundo
no ha visto más allá de la nariz!

Elogio tan expresivo no parecía desproporcionado para sus maestros y compañeros de aulas, que vieron en Torres no sólo a un futuro señor de la prosa centelleante, capaz de encerrar los rayos de un pensamiento altivo, sino que aplaudieron con fervido golpear de manos al poeta que, siguiendo las huellas del autor de la *Elegía a la muerte de Ríos Rosas*, cuando aún no contaba los treinta años, en su *Epístola a los escritores colombianos de fin del siglo*, interrogaba a sus contemporáneos sobre el descenso que advertía en el carácter, en el temple moral del pueblo colombiano, forjando estrofas tan valientes como estas:

¿De nuestros padres la virtud procerca
dó está, que al orbe entero conmoviendo
fue —a un mismo tiempo generosa y fiera—
en las tribunas inmortal lumbrera,
en las batallas huracán tremendo?

¿Qué noble sangre enriqueció las venas
de Colombia en esa época que aparta
del alma y de los brazos las cadenas,
y era, en las lides del ingenio, Atenas,
y era, en las lides del valor, Esparta?

La escuela política y la literaria en que brilló Carlos Arturo Torres, su idealismo optimista y su fervor por la tolerancia, estaban próximos a desaparecer en el cataclismo de la guerra europea, cuando los que compartían sus ideas las consideraban llamadas a imperar de modo definitivo en el universo. El áspero crujido de los tanques de guerra aplastó la fe en el constante perfeccionamiento humano; el humo de los gases asfixiantes nubló el sereno concepto de la vida; el retumbo de los cañones gigantescos ahogó en muchos labios la oración de fe y de esperanza.

Y vemos así también que el liberalismo inglés, meta de Torres, como queda anotado, tenía contadas sus horas a partir de la fecha en que escribía el pensador colombiano. Y parece un error el concepto de los que creen que su eclipse obedeció a maniobras de conductores más o menos hábiles. No; es que el campo de las escuelas banderizas tenía inevitablemente que modificarse con el tremendo impulso dado por la guerra universal a la eterna pugna entre los sostenedores del derecho de propiedad y aquellos que lo atacan con encendido enojo e inquietante constancia. Es ese concepto, el que atañe a la propiedad, el que rige hoy el juego de las controversias políticas y el que tiende a separar a los hombres en bandos definidos de izquierda y derecha, prescindiendo de los grupos intermedios, más armónicos, más filosóficamente ponderados y conscientes, pero que no cuentan, que no pueden contar, por su selección misma, con la adhesión caprichosa de las multitudes.

El estudio de la obra y de la personalidad de Carlos Arturo Torres deja en el ánimo una sensación de tristeza y hace surgir en la mente un interrogante angustioso respecto de la capacidad que tengan las democracias para apreciar a sus hombres verdaderamente representativos que no saben acariciarlas, como también a permitir que las guíen en el fragoso rumbo hacia el futuro. Sobresalientes como fueron las dotes intelectuales de Torres, e innegable su exacto concepto del patriotismo, no tuvo en la mayor parte de sus contemporáneos el prestigio que le correspondía, ni ejerció ni ejerce la influencia a que tendría pleno derecho. Las corrientes populares no besaron con sus ondas consagradoras esa frente, como tampoco, para no citar sino dos más entre nuestros hombres de valía ya desaparecidos, las de Pedro Fernández Madrid y Salvador Camacho Roldán, a tiempo que estallaban en espumas de caudaloso entusiasmo ante caudillos de no tan sobresaliente relieve y de menos aquilatado temple moral. Existe, sin duda, una divergencia fundamental al respecto entre el juicio del hombre de estudio y el de las multitudes. En vano Alfred Rambaud, en su *Historia de la civilización contemporánea en Francia*, proclama como verdad comprobada la de que en política el ardor de las pasiones está en razón inversa de la educación científica, y que los violentos son casi siempre los ignorantes, como la de aquellos que, en política también, se dejan arrastrar a conclusiones prematuras y agresivas, prueban simplemente que no han analizado con suficiente paciencia, ni han tenido en cuenta cual se debe las observaciones y las experiencias acumuladas por sus antecesores, es decir, las enseñanzas de la historia. Para las agrupaciones populares, en la agresividad hay energía, en la violencia, dinamismo creador; en la agitación continua, una fecunda enseñanza; y las colectividades no se preocupan por desentrañar si hay equidad y justicia en las afirmaciones de esos conductores, o si ellos carecen de estética moral en sus procedimientos. Quizá por todo ello resulta verdadera la afirmación desconcertante de Renán acerca de que son las condiciones inferiores del hombre las que le sirven para ascender, y que sólo necesita de las superiores para sostenerse y hacerse digno de la altura.

Los principios democráticos, con el fracaso más o menos confesado del parlamentarismo, pasan hoy por dura prueba. La teoría emersoniana del ser superior que cifra y compendia las energías todas de una sociedad, evoluciona prácticamente hasta traducirse en la afirmación que implica los desfiles disciplinados de las camisas negras y los vítores implacables de las camisas grises. Si alentase aun Carlos Arturo Torres, pertenecería seguramente a aquella falange de escritores que, sin preocuparse del número de los que le siguen, calzada la espuela de los paladines, en alto la visera y el corazón puesto en el hierro desfacedor de engaños e injusticias, rompen lanzas contra el señuelo de dictadores ejemplares y necesarios. Su fe en los principios que lo impulsaron en la existencia era demasiado profunda; su confianza en el perfeccionamiento perpetuo de la humanidad, suficientemente arraigada para que podamos asegurar que hubiese continuado, erguido y consciente, acompañado o solo, deshojando sus rosas ante el altar de la democracia y perfumando con la mira de su espíritu el ara de la república.

Cayó Carlos Arturo Torres herido por la muerte en la plenitud misma de su carrera, cuando acudían con ritmo acelerado los pensamientos a su mente y brotaba de su pecho el raudal de generosos sentimientos. Pero si el golpe fue grande para la patria, que perdió en él a un hijo de selección, y para su hogar, del cual era jefe insuperable, no vacilo en creer que fue fortuna para Torres que su vida no se le hubiese prolongado hasta nuestros tiempos, pletóricos de inquietudes y vacilaciones. Porque si se atiende a su orientación intelectual y a su concepto de seres y de cosas, es probable que hubiese sentido ahora una desadaptación más o menos franca con el medio ambiente, una pugna, imprecisa o declarada, con el mundo moderno. El político, convencido vocero de un liberalismo moderado, equidistante entre la libertad y el orden, no habría hallado acogida en los bandos extremos que hoy se disputan con renovada violencia la dirección de los destinos nacionales. El hombre de letras, que miraba hacia el porvenir sintiendo muy hondas las raíces del pasado, y que cobijó con un mismo culto a las glorias ya desaparecidas y a los recién llegados con la ofrenda de prometedoras cosechas, se encontraría desadaptado entre generaciones que estiman que para tener confianza en sí mismas es preciso negar a Pombo y a Fallon el lauro de poetas. El patriota que sintió que la república, para ser fuerte y justa, digna y grande, debía erguirse soberbiamente sobre el mármol de su propia historia, vería con dolor y con protesta, ahogada por la misma cólera, que ahora se juzga que no puede haber progreso sino cortando de un solo tajo el árbol frondoso de la tradición; y que al paso que se predica que la patria está por encima de los partidos, en los hechos se la coloca por debajo de insanos apetitos banderizos o personales. El creyente en la teoría de que el universo se orientaba más cada hora hacia la justicia y la libertad, cerraría los ojos con angustia ante el espectáculo actual de las naciones, cuando para corregir los errores innegables de la democracia únicamente se ofrecen, como panacea, los gobiernos personales de marcado carácter autocrático; cuando los

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO
1954

tratados que pusieron fin a la guerra europea y se llamaron de paz, resultan el germen de rencores y luchas inextinguibles que auguran nuevas catástrofes, y los Estados, al paso que reconocen teóricamente la fuerza del derecho, en sus actos mismos rinden tributo al derecho de la fuerza, incurriendo en contradicciones que serían de una elegante ironía si no fuesen supremamente melancólicas y llevaran envueltas en sí el desencanto respecto del avance de los principios de la ética internacional.

Entre todos los poetas, quizás amó más que a ninguno otro Carlos Arturo Torres al autor de la *Casa del pastor*, cuyas estrofas tradujo con afortunado esmero; y en toda la obra de éste, su predilección iba hacia ese poema de optimismo y de esperanza en que, abandonando un instante su torre de marfil, magnífica de pesimismo y de elevación moral, Alfredo de Vigny quiso unir su voz al coro de la humanidad para predicar la fe en el mañana: *La botella al mar*. Lanzada en el momento en que el capitán ve hundirse su nave como portadora de un mensaje de ciencia y de verdad, la botella, llevada de un lado a otro por la fuerza de los elementos desencadenados sobre las ondas marinas, llega al fin, tras rudas tormentas, a manos que pueden sacar de ese mensaje la enseñanza renovadora que contiene. Turbios son los días, negras nubes cubren el horizonte; los cárdenos relámpagos que anuncian el fragor de las tempestades ponen escalofrío de angustia en todos los pechos. Que el mensaje en que el espíritu luminoso de Carlos Arturo Torres condensó su seguridad en la victoria del bien sobre el mal en la lucha continua en que se debaten los humanos, llegue hasta nosotros en estas horas para darnos confianza en el porvenir de la raza, la convicción inquebrantable en el engrandecimiento de Colombia.

RESPUESTA A RAIMUNDO RIVAS

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

El señor don Raimundo Rivas ha tenido a bien honrarme con el encargo de dar respuesta a su discurso de recepción. Lo acabáis de oír: es una pieza tan bien pensada como bellamente escrita. Es verdadero discurso académico, digno de la ocasión, del antecesor, de quien hace justo y elocuente elogio, y de la merecida reputación de su autor. El señor Rivas, que quiere ocultar modestamente sus méritos propios, se esfuerza en poner de relieve los del escritor ilustre que honró la silla que él va a ocupar. No es de aquellos que temen empuñarse si reconocen el mérito ajeno.

Las declaraciones de modestia, que en estos casos son de rigor, tienen el carácter de una simple fórmula, cuando se trata de corporaciones como la Academia Francesa, en donde el pretendiente tiene que presentar él mismo su candidatura y solicitar personalmente los votos